

El panóptico ubicuo del poder digitalizado

The Ubiquitous Panopticon of Digitized Power

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional

Este número de la revista *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas* (ESCC) se preparó en medio de la pandemia Covid-19, y con todo lo que esto ha significado para quienes intervinieron en su producción, ha visto la luz. Felicidades. Aclaro que los textos que integran este volumen no abordan esta contingencia sino otros problemas relativos a la cultura de nuestros tiempos sobre los cuales haré referencia más adelante; no obstante, en esta introducción me permito plantear una reflexión sobre un fenómeno social que la situación de la pandemia ha revelado con mayor transparencia y que merece discutirse: el ejercicio del poder y las tecnologías digitales, sin demérito a sus beneficios potencialidades, que podrían abordarse en otro momento.

Esta decisión parte de la afortunada coincidencia de haber escuchado la conferencia inaugural de Cristina Puga, “Una agenda para la pandemia” en el Ciclo “Las Ciencias sociales y el Coronavirus” organizado por el Consejo Mexicano de Ciencias Sociales; en la cual resaltó el valor de esta coyuntura para la investigación social interdisciplinaria. Asimismo, concuerda con un artículo que escribí con Elia Margarita Cornelio Marí y que recién enviamos para su publicación. En dicho trabajo analizamos las representaciones de las tecnologías y las visiones de futuro en la serie televisiva *Years and Years* y discutimos la metáfora del panóptico ubicuo del poder digitalizado, reflexión que pretendo ampliar en este texto con la intención de invitar al debate y, por supuesto, a su estudio como fenómeno sociotécnico de la cultura contemporánea.

A modo de síntesis, en este artículo planteamos que mientras el panóptico de Foucault controla por su visión central en un espacio determinado, acondicionado y organizado, el panóptico ubicuo del poder digitalizado en *Years and Years* ejerce una vigilancia más penetrante porque se basa en los datos biométricos que no pueden dejar de “hablar” sobre lo que el sujeto hace, quiere y es; por lo tanto, lo delatan. Ahora, la ampliación de esta metáfora la sugiero en diálogo con la sociedad del control que propone Deleuze en “Posdata sobre las sociedades de control”.

Deleuze explica brevemente que las sociedades disciplinarias de Foucault antecedieron a las sociedades de control y que su lógica no está en disciplinar la mente y el cuerpo sino en aplicar la lógica de los datos imperante en la sociedad de la información. Hay que entender que en las sociedades informacionales se mantiene el panoptismo de poder de Dios, del gobernante y del pater familias, entre otros, heredados de formas societales pasadas —a decir de este autor de las sociedades de la soberanía y luego de las sociedades disciplinarias— pero actualmente, a propósito de tecnologías convergentes (inteligencia artificial, nanotecnología y biotecnología) la lógica del poder está en la transversalidad del dato y en la cultura que esto genera.

Si usamos la metáfora del panóptico ubicuo del poder digitalizado como mecanismo de vigilancia en las sociedades de control, veremos que opera al menos en tres niveles: externo/interno, vertical/horizontal y *offline/online*.

El *eje externo* del primer nivel, se puede identificar con la disposición y expansión de cámaras de vigilancia en el espacio público y privado. Las cámaras están cada vez más presentes en calles, tiendas, bancos, oficinas y hasta en las casas y habitaciones de los bebés, como un ojo del que no se puede escapar. Es un ojo que además evoluciona porque ya no solo “te ve” sino que ahora te escanea y te reconoce. De tal forma que aún cuando no realices una acción de conexión específica (dar *click*) tu sola presencia imprime una huella que alimenta las estadísticas globales. Otro ejemplo en este eje es el uso de los celulares a través de los cuales con cada *click* sobre lo que escuchamos, vemos o decimos, así como con quién nos conectamos, qué elegimos, en qué momento y por cuánto tiempo, traza una huella digital indeleble de nuestro perfil.

Respecto al *eje interno* de este primer nivel, está la existencia biológica de la persona la cual ya es factible intervenir a través de chips incorporados a los órganos internos o simplemente bajo la piel. La biotecnología se abre camino con la intención inicial de mejorar la salud, después las capacidades humanas —hasta las cognitivas— y de pronto aparece la paradoja de las tecnologías: se revelan como espías potenciales. Ya no se trata solo de un número de identificación, la firma, la huella dactilar, el escaneo de la retina o facial las que autentifican la información del sujeto, se trata de que el chip está dentro de éste, es parte del ser y estar en el mundo. Por lo tanto, a través del chip se tiene la capacidad para *datificar* las expresiones biológicas —emociones, por ejemplo— cuando se percibe el mundo, lo cual es potencialmente explotable para la persuasión y el control. Precisamente, a propósito del Covid-19, se ha abierto un amplio debate sobre esta huella biométrica (toma de temperatura, aplicaciones para el distanciamiento,

seguimiento de síntomas, entre otros) porque el miedo ha facilitado la implementación de controles digitales en algunos países como China, Corea del Sur y España.

Justo los casos de control biométrico por los gobiernos ilustran el *eje vertical* del segundo nivel, el cual alude al poder político y del mercado ejercido sobre los ciudadanos y los consumidores. Es evidente que quien domina la captura, gestión y análisis de la ingesta cantidad de información que cada individuo genera, gracias a las tecnologías digitales, tiene un extraordinario poder para la acción. Hace un par de años escribí con Amaury Fernández y Mabel Navarrete el artículo “Vulnerabilidad simbólica e industria musical: paradoja de lo juvenil” en el cual planteamos que los sistemas predictivos de la Web 2.0 son mecanismos de seguimiento que traspasan la posibilidad de *customización* o personalización del usuario; es decir, además de volver predecible a la sociedad, se la puede programar y determinar —en este sentido los casos de las elecciones de Obama y de Trump, son reveladoras del poder de los algoritmos predictivos—.

Pero el control no solo es vertical. Como práctica culturalmente instituida, se dispersa y ejerce entre los ciudadanos de a pie; esto corresponde al *eje horizontal* del segundo nivel de control del panóptico ubicuo del poder digitalizado. Aquí opera un mecanismo similar al que desarrolla Hannah Arendt sobre la banalidad del mal en *Eichmann en Jerusalén*. Ese mal que está instalado en las personas ordinarias, asimilado a través de las normas y la burocracia o por los mecanismos de vigilancia de las sociedades disciplinarias de Foucault que anulan la capacidad de pensar y decidir por uno mismo. En tal sentido, los individuos reproducen prácticas de control que les permiten las tecnologías digitales a su alcance. Parecen estar más que dispuestos a poner aplicaciones de localización a los celulares de los hijos y del conyugue para, en nombre de mantener la seguridad, vigilar dónde están. Es el ejercicio de la microfísica del poder foucaultiano en el discurso del miedo que embona con la angustia, ignorancia y comodidad de las personas para arriesgarse a tomar decisiones por sí mismas.

El tercer nivel refiere a la hibridación entre la vida real y la del ciberespacio (*ejes offline/online*). Este último nivel se puede ilustrar, en parte, con dos de los artículos que se incluyen en este número de la revista; uno es el de Jesús Estrada Milán sobre los surfistas de Tijuana, Baja California y su vida en el ciberespacio que retroalimenta su práctica deportiva en la realidad. El autor, logra observar en una práctica cultural específica cómo la vida *offline* y *online* se experimentan en continuidad recíproca en las dimensiones tiempo y espacio. El otro, es el de Jennifer Pisso Concha sobre el capital simbólico del indígena Mizak de Colombia, quien también alude

a esta lógica de continuidad recíproca cuando sostiene que el ciberespacio permite la prolongación de la cultura del pueblo Mizak “que ya existe desde el espacio físico (territorio) al mismo tiempo que se prolonga y reinventa a través de las producciones *hipermedia*” (pág. 85). Es cierto que en ninguno de estos artículos se trata a la tecnología como poder panóptico, sino que hacen visible la continuidad recíproca entre la realidad *offline* y *online*. Queda latente que, si en cualquiera de los ejes se ejercen prácticas de control, éstas repercutirán en el otro eje. Hay una correspondencia.

Para cerrar esta exploración sobre los niveles en los que opera este panóptico cabe decir que su poder es penetrante porque opera en una lógica ubicua, personalizada y convenida por el individuo, así como transversal y cada vez más extendida en las diferentes prácticas sociales.

Los otros artículos de este número responden a temas sensibles en los estudios culturales. De manera central, Verónica Araiza, Alejandra Araiza y Uriel Medécigo discuten la relación entre información y comunicación con el propósito de trazar su relación con la dimensión cultural y redefinir el concepto de cultura. Asimismo, Juris Tipa ofrece una refrescante discusión sobre el uso estratégico de los cuerpos de artistas y modelos publicitarios desde el enfoque del racismo *colorista* (racismo del fenotipo o por color de piel).

Por su parte, Carlos Núñez Miramontes examina, a nivel metodológico y epistemológico, el Análisis Crítico del Discurso a través de su aplicación en un estudio de caso sobre las visiones de futuro de los zapatistas en México. Desde Colombia, Mónica Tamayo, Lucía Tamayo y Luz Elena Tamayo escriben sobre la conceptualización que las mujeres víctimas de violencia sexual tienen sobre la violencia que han sufrido en medio del conflicto armado; a decir de las autoras, se trata de una aproximación que busca dar voz, conocer la verdad y reparar. El texto de Víctor de Santiago Sánchez ataja el problema del suicidio desde la experiencia de los terapeutas. Aunque no plantea el problema propiamente desde el enfoque de la cultura, es un objeto de estudio que requiere de la multidisciplinariedad y que aporta una reflexión desde aquellos que trabajan los sentidos en el mundo de los suicidas.

Finalmente, quiero destacar que, aunque ustedes no trabajen directamente los temas de esta edición, la lectura de los artículos resultará sugerente y puede detonar la reflexión sobre sus propios temas, tal como a mi me ha sucedido. Así que, buen provecho.



Ana Isabel Zermeño Flores
Colima, Col. 26 de marzo de 2020